

# Un hombre necesario: Emilio Alarcos Llorach<sup>1</sup>

PEDRO ÁLVAREZ DE MIRANDA  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID / RAE  
pedro.amiranda@uam.es

Recibido: 21/07/2023  
Aceptado: 19/10/2023

## RESUMEN:

*En el presente trabajo se ofrece una semblanza académica de la trayectoria intelectual de Emilio Alarcos Llorach (1922-1998). Para ello, se tienen en cuenta sus principales publicaciones —desde Investigaciones sobre el “Libro de Alexandre” (1948) hasta La poesía de Blas de Otero (1997)— atendiendo a sus aportaciones fundamentales en los ámbitos de estudio de la gramática, la historia de la lengua y los estudios literarios. Se destacan el integralismo de Alarcos, manifiesto en su capacidad para cultivar con brillantez diferentes áreas de la filología, y su condición de gramático no normativista, toda vez que mantuvo una visión tolerante y no catastrofista de los hechos lingüísticos, reacia al intervencionismo excesivo.*

**PALABRAS CLAVE:** *Emilio Alarcos, Gramática, Historia de la lengua, Estudios literarios, Real Academia Española.*

---

<sup>1</sup> Este texto reelabora la conferencia de apertura del año Emilio Alarcos Llorach en el Aula Magna del Edificio Histórico de la Universidad de Oviedo, el 26 de enero de 2022. Su título repite, por inmejorable, el de la necrología que Ángel González publicó en *El País* el 27 de enero de 1998.

## A necessary man: Emilio Alarcos Llorach

### ABSTRACT:

*This paper offers an academic overview of the intellectual career of Emilio Alarcos Llorach (1922-1998). For this, his main publications are taken into account —from Investigaciones sobre el “Libro de Alexandre” (1948) to La poesía de Blas de Otero (1997)— attending to his main contributions in the fields of study of grammar, history of language and literary studies. His integralism stands out, manifested in his ability to brilliantly cultivate different areas of philology, and his condition as a non-regulatory grammarian, since he maintained a tolerant and non-catastrophic vision of linguistic facts, reluctant to excessive interventionism.*

**KEYWORDS:** *Emilio Alarcos, Grammar, History of the language, Literary studies, Royal Spanish Academy.*

Debo, antes que nada, expresar mi profundo agradecimiento a la Cátedra Emilio Alarcos Llorach de la Universidad de Oviedo, y en particular a su directora, doña Josefina Martínez, por el alto honor que me han hecho encomendándome esta semblanza en los actos con que se inicia el año Alarcos, conmemorativo del centenario del nacimiento del gran lingüista que durante casi medio siglo —prácticamente toda la segunda mitad del XX— fue catedrático de esta universidad.

Mi agradecimiento es tanto mayor cuanto que soy consciente no solo de que otros muchos filólogos con méritos mayores y títulos más cualificados podrían haber recibido este encargo, sino, sobre todo, del hecho de que entre ellos habría discípulos directos de don Emilio, en tanto que yo no lo fui, no tuve la fortuna de serlo. Digo *discípulo directo* porque no lo fui en las aulas universitarias. Pero sí fuera de ellas, por medio, claro es, de la lectura y estudio de sus obras.

Tuve además, eso sí, el privilegio de tratarle en la Real Academia Española, desde que llegué al Seminario de Lexicografía, donde se redactaba el *Diccionario histórico de la lengua española*, en octubre de 1982, de la mano de mis maestros don Rafael Lapesa y don Manuel Seco (muy recientemente fallecido este último). En

algunas ocasiones entraba don Emilio a hacer alguna consulta en la biblioteca o, frecuentemente, a departir con don Manuel Seco.

Recordaba yo bien haber asistido al discurso de ingreso de Alarcos en la Academia. Indago en las fechas y veo que aquel acto había tenido lugar el 25 de noviembre de 1973, cuando yo estaba, con veinte años, en el tercer curso de la carrera universitaria.

Siempre me admiró la asiduidad de Emilio Alarcos en su asistencia, todos los jueves, a la Academia. Los medios de transporte no eran los de hoy, pese a lo cual, en tren o en autobús de línea, fuera otoño, invierno o primavera, él salvaba animoso semanalmente, de ida y de vuelta, los cuatrocientos y pico kilómetros que separan la capital del Principado de la del Reino.

Don Emilio Alarcos, claro está, me imponía muchísimo respeto, pero enseguida tuve ocasión de comprobar que era un hombre amable y cercano, y extraordinariamente generoso con los filólogos jóvenes. Le fui dando algunas separatas de lo que publicaba. Y lo que recuerdo muy bien es la primera y única vez que él tuvo ocasión de oírme: fue en Salamanca, en el III congreso de la Asociación de Historia de la Lengua, de la que él era entonces presidente. Al terminar mi intervención (Álvarez de Miranda, 1996) me felicitó, y creo que lo hizo con sinceridad y no por compromiso ni mera cortesía. Sus palabras fueron para mí un espaldarazo valiosísimo.

También lo vi alguna vez aquí, en Oviedo, adonde yo venía con frecuencia por mi estrecha relación con lo que primero fue Cátedra Feijoo —Alarcos fue su director por los años sesenta (Martínez Cachero, 2001)— y hoy es magnífico Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII.

Vuelvo al acto solemne del 25 de noviembre de 1973 en que Alarcos toma posesión de su plaza de académico de número, la correspondiente a la letra B mayúscula, que estaba vacante por fallecimiento de don Narciso Alonso Cortés. Contestó al discurso de Alarcos el entonces Secretario Perpetuo de la Academia, don Alonso Zamora Vicente.

En torno a los discursos de ingreso en la Academia solía crearse una cierta expectación, porque era frecuente que no se supiera cuál iba a ser el tema abordado por el recipiendario. Quienes allí estábamos esa tarde de 1973 suponíamos que Alarcos iba a disertar sobre algún asunto relacionado con la lengua española y su gramática. Pero no, el nuevo académico, rindiendo tributo al integralismo que caracteriza a la mejor filología española, y sobre el que luego volveré, nos sorprendió con un discurso de tema literario. Lo tituló *Anatomía de "La lucha por la vida"* (Alarcos Llorach, 1973) y es sin duda el mejor estudio que se ha dedicado a esa trilogía de Baroja, un estudio que, como señaló Zamora Vicente en el discurso de bienvenida, nos devolvía un Baroja nuevo, "muy diferente del Baroja desaliñado y torrencial que nos [había] venido dando la crítica tradicional" (Zamora Vicente, 1973: 147). El discurso de Alarcos se reeditó después en Castalia acompañado de otros trabajos de asunto literario, y más concretamente novelístico: sobre García Pavón, Delibes, Martín Santos (Alarcos Llorach, 1982a).

Esta conferencia tiene lugar en esta fecha, 26 de enero, porque tal día como hoy, pero de hace veinticuatro años, sobrevino el inesperado fallecimiento de don Emilio Alarcos Llorach. Pero se celebra en el año 2022 porque es, vuelvo a decir, el del centenario de su venida al mundo.

Emilio Alarcos Llorach nació en Salamanca el 22 de abril de 1922 e inició sus estudios universitarios en Valladolid, donde su padre, Emilio Alarcos García, era catedrático; los continuó, bajo el magisterio de Dámaso Alonso, en Madrid, por cuya universidad se doctoraría en Filología Románica en 1947, con una tesis que dio lugar a sus *Investigaciones sobre el Libro de Alexandre* (Alarcos Llorach, 1948).

Ya era entonces catedrático de instituto. Lo fue en el de Avilés, jovencísimo, con 22 años. Y ese dato, su condición previa de catedrático de instituto, me importa destacarlo. Lo que se llamaba la "carrera docente", algo que hoy, sencillamente, no existe, comenzaba por la cátedra de Enseñanza Media, y era natural,

desde ella, opositar luego a la universitaria, como hizo Alarcos e hicieron tantos otros.

Pues bien, las oposiciones de catedrático de instituto eran una cosa muy seria. Me gusta recordar algo que cuenta Pedro Salinas: que cuando él le dijo a don Américo Castro que se proponía presentarse a cátedras de instituto, Castro le dijo que no, que hiciera las oposiciones de universidad, que eran más fáciles. (Y eso hizo Salinas, opositó a la de Sevilla y sacó la plaza).

Pero vuelvo a Alarcos, joven catedrático de instituto. En 1946-47 marcha como lector de español a Basilea y Berna, y esa experiencia será decisiva para su formación como lingüista, pues le permitió entrar en contacto directo con corrientes científicas que apenas habían tenido eco en España, y que él contribuiría de manera decisiva a difundir aquí.

Vuelve a su país, a ejercer como catedrático de instituto: primero en Cabra (Córdoba), después en Logroño. Y en 1950 obtiene la cátedra de Gramática Histórica de la Lengua Española en esta Universidad de Oviedo, universidad y ciudad en las que enseñó y residió el resto de su vida. De su fecunda labor dan testimonio tanto sus muchos discípulos como la revista que él y José María Martínez Cachero levantaron a pulso, *Archivum*, una revista que se hizo imprescindible en los estudios hispánicos.

El 9 de noviembre de 1972 Alarcos fue elegido miembro de la Real Academia Española. Y ello me lleva a ocuparme de unos hechos y unas circunstancias que de ningún modo quiero obviar.

Como ustedes sabrán, muchas veces se ha reprochado a la Academia que no eligiera como miembro de ella a la gran lexicógrafa que fue doña María Moliner. De los rechazos de la Academia a mujeres aspirantes a ella hay dos casos que aparecen continuamente, y con razón, el de doña Emilia Pardo Bazán y el de doña María Moliner. Es curioso que al recriminarse a la Academia esos dos rechazos se proyecte como una difusa sombra de culpabilidad sobre la Academia de hoy, hasta el punto de que alguna vez, interpelado por algún periodista, me haya visto obligado a decir que los académicos actuales, naturalmente, no

nos sentimos responsables — pues obvio es que no lo somos — de lo que hicieran nuestros antecesores de principios del siglo XX ni de 1972.

Pues bien, el caso es que la plaza que doña María Moliner no consiguió, el 9 de noviembre de 1972, fue la que obtuvo Alarcos.

Pero la cosa fue más complicada. Y lo que aquí voy a detallar ahora no es ningún secreto, pues lo contó con pelos y señales (como solía hacer entonces) el periódico *ABC* (10/11/1972: 65). Resulta que aquella vacante, producida por la desaparición de Alonso Cortés, estuvo muy reñida. Se presentaron inicialmente nada menos que cuatro candidaturas:

José García Nieto, presentado por José M.<sup>a</sup> Pemán, Camilo José Cela y Guillermo Díaz Plaja.

José López Rubio, presentado por Juan Ignacio Luca de Tena, el almirante Julio Guillén y Alfonso García-Valdecasas.

María Moliner, presentada por Rafael Lapesa, Pedro Laín y el duque de la Torre (Carlos Martínez de Campos).

Emilio Alarcos, presentada por Samuel Gili Gaya, Manuel Halcón y Antonio Tovar.

Pues bien, la candidatura de López Rubio se retiró el mismo día de la votación (que, como ya hemos dicho, se celebró el 9 de noviembre de 1972). De modo que, en el pleno, la elección se desarrolló entre García Nieto, Moliner y Alarcos. Con estos resultados (*ABC*, 10/11/1972: 65):

- 1.<sup>a</sup> votación: Alarcos, 13; García Nieto 9; Moliner 8.
- 2.<sup>a</sup> votación: Alarcos, 12, García Nieto 7; Moliner 6. (Bajan las cifras totales porque en esta votación ya no hay votos por correo).
- 3.<sup>a</sup> votación, entre los dos más votados, Alarcos y García Nieto. Alarcos se impone con claridad: 18 votos frente a 7.

Es decir, que la pugna en la votación final no fue entre Alarcos y doña María Moliner, sino entre el filólogo y García Nieto.

Pero lo que quiero subrayar es esto: en muchas ocasiones un candidato a la Academia no ha entrado en el primer intento, sino en uno posterior. Hay casos notables y poco conocidos: don Benito Pérez Galdós (nada menos que Galdós) perdió una votación en 1889 frente a un don Francisco Andrés Commelerán, que era, por cierto, catedrático de instituto (de Latín, en el Cardenal Cisneros). Pero Galdós fue elegido unos meses después (en el mismo año 1889; esa vez fue ya candidato único).

Y lo mismo ocurrió tiempo después de que Alarcos se impusiera a dos de los otros candidatos mencionados: tanto García Nieto como López Rubio acabaron, ambos, siendo académicos.

¿Y por qué no hubo una segunda oportunidad también para la autora del *Diccionario de uso del español*? Desde luego, hay que admitir (ya he dicho que no tengo que defender retrospectivamente a nada ni a nadie) que existieran pulsiones misóginas en el seno de la Corporación y por parte de algunos académicos.

Pero estoy convencido de que, desgraciadamente, fueron sobre todo razones de salud las que impidieron que hubiera una segunda oportunidad para doña María Moliner, pues poco después desarrolló una dolencia que en algunas de sus biografías recibe el nombre de “arterioesclerosis cerebral” y que debía de ser lo que hoy conocemos como enfermedad de Alzheimer o alguna demencia similar.

Conviene llamar la atención sobre un par de detalles. En primer lugar: dos de los valedores de doña María, Lapesa y Laín, tenían un gran ascendiente sobre sus compañeros, como también tenían gran prestigio dos de los firmantes de la candidatura de Alarcos, desde luego: Gili Gaya y Tovar; lo que quiero decir es que Lapesa y Laín bien habrían podido patrocinar con éxito un segundo intento; que el director, don Dámaso Alonso, viera con buenos ojos la persona y la obra de Moliner parece más que probable. Y segunda observación: que cuando la Academia en 1978 eligió por fin a una mujer para la Academia, Carmen Conde, doña María vivía, aunque irreversiblemente enferma. De lo contrario podría haber sido candidata y haber sido elegida. Pero no

me corresponde aquí hacer especulaciones, y no me corresponde hablar de doña María Moliner (lo he hecho en otras ocasiones, y con la admiración que le profeso; Álvarez de Miranda, 2006), sino de don Emilio Alarcos.

En todo caso, repárese en algunos de los nombres de académicos que he ido desgranando: Lapesa, Gili Gaya, Fernández Ramírez, Zamora, Alarcos desde 1973. Y otros que la muerte se llevó demasiado pronto, como Rodríguez Moñino o Clavería. Yo sitúo una verdadera edad de oro de la Real Academia Española en esos años, los 60, 70 y 80 del siglo pasado, bajo la dirección de don Dámaso Alonso, y vivo aún el recuerdo del patriarca don Ramón Menéndez Pidal (quien, no se olvide, vivió hasta 1968).

Innecesario es decir, como bien sabido, que don Emilio Alarcos Llorach contribuyó decisivamente a la penetración y difusión en España de las teorías lingüísticas de diversas escuelas del estructuralismo europeo: primero fue el Círculo Lingüístico de Praga con la *Fonología española* (Alarcos Llorach, 1950), el manual insuperado de la materia; después, la Glosemática de Copenhague con una *Gramática estructural* (Alarcos Llorach, 1951); y finalmente, el funcionalismo martiniano con el volumen de sus imprescindibles *Estudios de gramática funcional del español* (Alarcos Llorach, 1970).

Pero importa matizar la extendida afirmación de que Alarcos fue el introductor del estructuralismo en España con esta otra de Josefina Martínez: “Alarcos reordenó con profunda y singular inteligencia las ideas lingüísticas que apuntaban en el horizonte europeo y, liberándolas de adherencias dogmáticas, creó un estructuralismo propio de inmediata aplicación al estudio de nuestra lengua” (Martínez Álvarez, 2001: 209).

Nunca dogmático, en efecto (su talante personal hacía inimaginable que pudiera serlo), Alarcos practicó un sabio eclecticismo, no entendido, en absoluto, como contubernio o mezcolanza de doctrinas, sino surgido de la convicción de que para triunfar en el abordaje a una realidad tan compleja como la de una len-

gua merece la pena aprovechar, tras sopesarlas cuidadosamente, todas las propuestas metodológicas que puedan abrir alguna brecha nueva en la tarea.

Miembro ya de la Academia, Alarcos recibió de Dámaso Alonso el encargo de redactar una gramática, una tarea pendiente desde que en 1973 había aparecido el *Esbozo* redactado por Salvador Fernández Ramírez y Samuel Gili Gaya. Alarcos solicitó, para hacerlo, no sentirse condicionado por el precedente de dicho *Esbozo*, y redactó de nueva planta una gramática excelente, de dimensiones razonables (menos de 400 páginas), clara, sin alardes, de orientación naturalmente funcionalista. Tras algunas reuniones de la comisión correspondiente, y puesto que, como explica Alarcos en el prólogo, “no era cosa de discutir punto por punto lo que en el texto se dice, ni cómo se dice, con ánimo de lograr una versión aceptable para todos”, se decidió publicar esta obra como la *Gramática de la lengua española* de Emilio Alarcos Llorach, es decir, como una obra de autoría personal (Alarcos Llorach, 1994: 19).

Pero no voy a extenderme mucho más en el Emilio Alarcos gramático, pues voces más autorizadas, como la de su discípulo Salvador Gutiérrez, o la de mi infatigable colega de la Universidad Autónoma de Madrid José Polo, ya lo han hecho muy cumplidamente. Un trabajo del primero, el titulado “La obra lingüística de Emilio Alarcos”, incluido en un volumen de homenaje publicado en 2001 por esta universidad, es sencillamente insuperable, y a él me remito (Gutiérrez Ordóñez, 2001).

Sí quiero decir algo del homenajeado como historiador de la lengua; sobre todo, que nadie mejor que don Emilio explicó la etapa de orígenes. Su librito *El español, lengua milenaria*, debería ser de obligada lectura para cualquier hispanohablante medianamente culto (Alarcos Llorach, 1982b). Lo abre un texto soberbio, el discurso leído en San Millán en noviembre de 1977, ante los Reyes, con motivo de los actos del llamado “Milenario de la lengua castellana”. En rigor —empieza aclarando—, milenario aproximado de la más antigua expresión escrita, por entonces

—las Glosas— de algo que ya no es latín y se asemeja al castellano. Frente a la tópica visión de que esos primeros testimonios son como “vagidos” de la lengua, que esta sería entonces incipiente, balbuceante, imperfecta, Alarcos deja claro que la lengua de cualquier etapa histórica es siempre un instrumento perfecto, acabado en sí mismo, que cumple como cualquier otro o el de cualquier otro momento su función: la de hacer posible la comunicación entre los usuarios. Otra cosa es que no nos sea dado para cualquier época conocerlo *in toto*, sino solo muy parcialmente, en virtud de los testimonios conservados (siempre parciales, incluso cuando de mayor número de textos dispongamos; la oralidad, por lo pronto, se nos escapa, salvo para los momentos en que empezemos a disponer de testimonios audiovisuales).

En el mismo discurso Emilio Alarcos dijo refiriéndose a la etapa de orígenes: “Se hablaba romance, pero se escribía —o se pretendía escribir— latín”. Esto, tan sencilla y certeramente formulado, está dicho en 1977 (Alarcos Llorach, 1982b: 23), cinco años antes de que se publicara el tan celebrado libro de Roger Wright (1982; trad. 1989).

Otro aspecto fundamental que supo ver Alarcos es el decisivo carácter indicial que tiene la aparición de las traducciones. “El latín hablado —nos explica— desaparece cuando los más conservadores, reducidos a minoría, ya no son comprendidos por los hablantes más renovadores y minoritarios, y se impone la necesidad de traducir al nuevo modo de hablar los viejos textos escritos que han dejado de entenderse” (Alarcos Llorach, 1977: 13).

Suelo empezar mis clases de Historia de la Lengua, el primer día, exponiendo a los estudiantes que la misión de esa disciplina es dar cuenta de cómo y por qué se produce un hecho un tanto extraño, por paradójico. Si en una hipotética cadena humana de hablantes que comenzara en un extremo con un individuo de la Hispania romana y terminase por el otro con un español de hoy, cualquier integrante de la cadena podría entenderse sin problemas con otro contiguo, hacia arriba o hacia abajo, y aun con los situados algo más allá, en cambio, el primero y el último de la fila

no se entenderían entre sí. En explicar este hecho consiste la tarea del historiador de la lengua.

Pues bien, esta imagen de la cadena, que me parece tan eficazmente didáctica, la tomé de Alarcos, que la explica en estos términos: "Si entre dos generaciones inmediatas la comprensión es perfectamente posible a pesar de las divergencias, llega un momento en que los rasgos de la situación inicial de habla y los de la resultante final apenas poseen algo en común" (Alarcos Llorach, 1977: 13).

También, por supuesto, le interesó a don Emilio la lengua en su diatopía, y, como era de esperar, se sintió especialmente atraído por la de esta tierra asturiana. Sé bien que el asunto es o fue polémico, y no me internaré en él porque no me siento capacitado para hacerlo. Solo diré que, releídas por mí ahora mismo sus "Consideraciones sobre la lengua en Asturias" que encabezan el segundo volumen del *Cajón de sastru asturiano*, me parece que no se puede decir nada más luminoso ni más sensato sobre la materia (Alarcos Llorach, 1980: 9-22).

Gramático, historiador de la lengua, dialectólogo, romanista. Sí, todas esas cosas fue Alarcos. También poeta, supimos tras su muerte. Pero por encima de todas ellas yo me quedo con una por la que estimo en preferencia a ellas: don Emilio fue fundamentalmente un filólogo, un filólogo eminente, y conviene recordarlo hoy que la palabra *filología* se bate en retirada en los nombres de títulos y departamentos de muchas universidades.

Alarcos, como otros filólogos de lo que alguna vez se ha llamado la Escuela Española, empezando por don Ramón, el indiscutible fundador de ella, asentaba un pie en la lengua y otro en la literatura. Estoy hablando, claro es, de esa orientación bifronte, integral, de la mejor filología hecha en España, en virtud de la cual lengua y literatura son sencillamente inseparables, y no se traiciona la vocación por una sintiéndose atraído por la otra, pues ambas vocaciones vienen a ser, en realidad, *la misma*. Todos los grandes filólogos españoles del pasado siglo cultivaron con igual maestría los estudios lingüísticos y los literarios, lo que a

mí, siendo estudiante, me situó en la permanente indecisión entre unos y otros (de la que, a diferencia de aquellos maestros, no he conseguido salir airoso).

Emilio Alarcos nos dejó algunos excelentes estudios de crítica literaria, entre los que destacan los dedicados a dos de los más grandes poetas españoles del siglo XX. Debió de causar cierta sorpresa la decisión —la valiente decisión, cabe decir, dada la fecha— de dedicar su discurso de apertura del curso 1955-56 de esta universidad a *La poesía de Blas de Otero*. Fue el germen de lo que acabó siendo el granado libro que en 1997 publicó la editorial Nobel (Alarcos Llorach, 1997). Libro, por cierto, en el que Alarcos tuvo el gran acierto de incluir como apéndice el libelo que otro catedrático de esta universidad publicó tras un recital poético del poeta vasco, precisamente celebrado en el Aula Magna del hoy llamado Edificio Histórico de la Universidad de Oviedo (Alarcos Llorach, 1997: 237-242).

El otro poeta de los dos a los que me refería es, naturalmente, su fraternal amigo Ángel González, al que dedica un libro de 1969 que rescató también la editorial Nobel hace unos años (Alarcos Llorach, 1996).

Pero los primeros escritos de tema literario de Emilio Alarcos que leí fueron los incluidos en un libro que, según compruebo ahora, salió al poco de terminar yo la carrera. Me refiero al volumen *Ensayos y estudios literarios* (Alarcos Llorach, 1976), que incluye dos artículos que resultan ser los más tempranos de Alarcos, publicados en la revista *Castilla* de Valladolid cuando el autor aún no había cumplido los veinte años. Y que están dedicados a un escritor del XVIII cuyo nombre entonces apenas me sonaba, pero por el que terminé interesándome yo mismo, don Pedro Montengón, el autor de la novela *el Eusebio* (Alarcos Llorach, 1976: 23-36). En los otros estudios del volumen, sobre *La Regenta*, sobre Unamuno, sobre Delibes, descubrí que la crítica y la historia literaria podían cultivarse como auténticas bellas artes. Pues la prosa de Alarcos era, fue siempre, sigue pareciéndome hoy, deslumbrante, llena de guiños de estilo, con algún que

otro arcaísmo o algún que otro pedantismo —si se me permite la expresión, en la que el sufijo pretende neutralizar lo que de negativo hubiera en la base léxica— dirigidos al lector inteligente. Leer una página de Emilio Alarcos me produce una sensación de sana envidia por la calidad de su prosa, me incita a un deseo de emulación que se revela imposible.

En cierta ocasión Alarcos le habló a Darío Villanueva, según este ha relatado, de que tenía “afición por hurgar en la literatura desde la desnudez de los fenómenos de lengua” (Villanueva, 2001: 243). No se puede formular mejor. La literatura es artefacto hecho de palabras, y a ellas ha de atenerse el estudioso. En el artículo “Sobre Unamuno o cómo no debe interpretarse la obra literaria” rechaza el biografismo, la anécdota o la polémica como argumentos críticos y reivindica que la tarea filológica consiste (cito) en “hacer entender el texto, como primera fase para enterarse de él, o sea integrarse con él y revivirlo” (Alarcos Llorach, 1976: 127).

Todas las semblanzas de Emilio Alarcos señalan su poderosa inteligencia teñida de suave socarronería, y ejercida desde un prudente escepticismo alérgico a cualquier forma de engolamiento, como rasgo esencial de su persona.

Por mi parte, quisiera destacar algo que está muy relacionado con ese rasgo: la ejemplar actitud de sabia tolerancia que adoptó ante el recrudescimiento de actitudes excesivamente prescriptivistas, cuando no declaradamente puristas, en el enjuiciamiento de los hechos idiomáticos, del uso que la sociedad de hoy (un uso ni mejor ni peor que los de otras épocas; sencillamente distinto) hace de la lengua española. Es curioso el rechazo unánime, pero no del todo justificado, a la etiqueta de *purista*. Nadie se considera purista, nadie se reclama del purismo, y, sin embargo, las pulsiones puristas, misonieístas, afloran por doquier. No era el caso de Alarcos, no lo es en el del lingüista verdaderamente sabio.

Personalmente, lo que más aprecio de la mirada que Alarcos proyectaba sobre los hechos lingüísticos es su falta de espíritu dogmático. Frente a tantos dómimes propensos al palmetazo y a la

gramatiquería, frente a tantos rígidos normativistas afectados en mayor o menor grado por tendencias puristas, Alarcos defendía — en el prólogo de la *Gramática* — que el normativismo debe forrarse de “escéptica cautela”. Escribió: “Primero viene la descripción de los hechos; de su peso y medida se desprenderá la norma, siempre provisional y a merced del uso” (Alarcos Llorach, 1994: 18).

Tenía de los hechos lingüísticos una visión tolerante, no catastrofista, y reacia al intervencionismo excesivo. Creía que la lengua es sabia y sabe encontrar sus propios caminos. La tarea principal del lingüista consiste fundamentalmente en observarla y explicarla.

Viene al recuerdo el titular de una entrevista periodística a don Emilio: “Se dice *Madri*, y está muy bien dicho” (*El País*, 17 de septiembre de 1994). Y es que, en efecto, la *d* en posición final se relaja en los sustantivos hasta prácticamente desaparecer: *Madri*, *verdá*; y no pasa nada, es una pronunciación “normal” (adjetivo de la familia léxica de *norma*). Curiosamente, extrañamente incluso, no ocurre hoy eso mismo con la *d* final de los imperativos en plural, y sí ocurría en español clásico.

Todos los juicios de Alarcos se fundaban en un conocimiento profundo de los hechos lingüísticos. Naturalmente, no todos esos hechos tienen la misma estima social, no todo vale por igual, y lo que sí desaconsejaba en la misma entrevista, como propio de una dicción más descuidada (y característica de ciertas zonas geográficas), es la interdentalización de esa misma *d* final, es decir, las pronunciaciones *Madriz*, *verdaz*.

A Alarcos le gustaba explicar los hechos, no lanzar anatemas a diestro y siniestro. Cuando el ministro Javier Solana cometió el desliz de utilizar el adjetivo *doceavo* como un ordinal y todo el mundo se echó inclemente encima de él, Alarcos publicó un delicioso artículo, titulado “Una lanza por Solana” (Alarcos Llorach, 1988), en el que venía a decir que no era para tanto, y explicaba el trasfondo de la cuestión.

Como la serie de los ordinales y la de los fraccionarios o partitivos comparten formas en el tramo comprendido entre los que

corresponden al cardinal cuatro (*cuarto*) y diez (*décimo*) —en el uso adjetivo de los fraccionarios la coincidencia empieza incluso un poco antes, en *tercero: la tercera parte*—, y como a partir de ahí la segunda de dichas series forma muy cómoda y regularmente derivados a base del sufijo *-avo* (presente ya en *octavo*, por cierto), es lógico que el hablante que ha cogido carrerilla para los ordinales a lo largo del tramo compartido, al rebasar la decena sienta la tentación de tirar por la bifurcación, tan atractivamente sencilla, de los fraccionarios.

Para mayor engorro, las gramáticas y los manuales de estilo informan con insistencia de que las formas canónicas de los dos primeros elementos del nuevo tramo de los ordinales no son, como luego serán las sucesivas, compuestos del tipo *decimotercero*, *decimocuarto*, etc., sino, excepcionalmente, los latinismos *undécimo* y *duodécimo*, dos rarezas que rompen la uniformidad. Y que se baten en retirada, más aún después de que la Academia haya incluido en el diccionario *decimoprimer*o y *decimosegundo*.

El desliz de Solana, pues, no era tan grave. Nótese bien que Alarcos en su artículo no animaba al uso de aquellos dos fraccionarios (*onceavo*, *doceavo*) como ordinales, ni era partidario de emplearlos uno mismo. Se trataba, sí, de no ensañarse en el rechazo, y sobre todo de ser consciente de que el error de hoy puede ser la norma de mañana. Tal conciencia es obligada en el lingüista, más aún en el historiador de la lengua.

Alarcos, equidistante del cansino catastrofismo y de la irresponsabilidad inconsciente o ingenua, prodigioso escritor (y “hablador”) él mismo, gustaba de repetir que las únicas lenguas que no cambian ni evolucionan son las lenguas muertas. En unas declaraciones hechas a la revista *Cambio 16* en 1994 llegó a espetar a un seguramente atónito periodista (si era de los aficionados a autoinculparse, con raro masoquismo, de todos los presuntos males del idioma): “Hay que dejar a las lenguas en paz.

Permítanme que termine, como empecé, con una referencia personal. Mañana mismo, de regreso en Madrid, habré de leer

en el pleno de la Academia una necrología de uno de los más estrechos amigos de Emilio Alarcos que quedaban en la Academia Española, don Gregorio Salvador, fallecido hace poco más de un año. Pues bien, a don Gregorio le encomendó la Academia hacer otro tanto con Alarcos, pocos meses después de su óbito. Y don Gregorio escribió un discurso, como suyo, perfecto: emocionado y riguroso a un tiempo (Salvador Caja, 1998). Como homenaje doble a ambos, Alarcos y a don Gregorio Salvador, permítanme que concluya leyéndoles unas líneas de esa oración fúnebre que el segundo dedicó al primero:

Yo levanto la vista hacia aquel confín de la mesa —leyó ante sus compañeros Gregorio Salvador— y me parece que lo voy a ver de nuevo, que sigue entre nosotros. Antonio Mingote le dedicaba su dibujo cotidiano, dos días después de su muerte, y le hacía decir al Alarcos escéptico, sentado en su sillón habitual, en esta sala vacía: “Bueno, eso de morirse uno también es relativo”. Y lo es, evidentemente —seguía don Gregorio—. Unos se mueren más que otros: no dejan memoria de su paso por la vida o la que dejan se extingue pronto. Emilio Alarcos —terminaba— sigue vivo y actuante en el recuerdo de cuantos lo conocimos y lo quisimos, será perdurable la fecundidad de su obra y su nombre estará ligado a la historia de la gramática de nuestra lengua mientras esta permanezca (Salvador Caja, 1998: 15-16).

Así es, así sigue siendo. Lo mismo en los setenta y cinco como en los cien años de don Emilio Alarcos Llorach.

### **Bibliografía**

ALARCOS LLORACH, Emilio (1948) *Investigaciones sobre el “Libro de Alexandre”*, Madrid, CSIC.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1950) *Fonología española*, Madrid, Gredos.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1951) *Gramática estructural*, Madrid, Gredos.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1970) *Estudios de gramática funcional del español*, Madrid, Gredos.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1973) *Anatomía de "La lucha por la vida"*, Madrid, RAE.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1976) *Ensayos y estudios literarios*, Madrid / Gijón, Júcar.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1977) *Milenario de la lengua española*, Oviedo, Caja de Ahorros de Asturias.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1980) "Consideraciones sobre la lengua en Asturias", en *Cajón de sastrero asturiano*, Salinas, Ayalga, vol. II, pp. 9-22.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1982a) *Anatomía de "La lucha por la vida"*, Madrid, Castalia.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1982b) *El español, lengua milenaria*, Valladolid, Ámbito.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1988) "Una lanza por Solana", *ABC*, 6/1/1988, 3.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1994) *Gramática de la lengua española*, Madrid, RAE.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1996) *Ángel González, poeta*, Oviedo, Nobel.

ALARCOS LLORACH, Emilio (1997) *La poesía de Blas de Otero*, Oviedo, Nobel.

ALVAREZ DE MIRANDA, Pedro (1996) "La actividad lexicográfica de la Academia de la Historia a fines del siglo XVIII", en *Alegría Alonso González (coord.), Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española: Salamanca, 22-27 de noviembre de 1993*, Madrid, Arco Libro, vol. 2, pp. 1161-1172.

ALVAREZ DE MIRANDA, Pedro (1998) "En la muerte de don Emilio Alarcos Llorach", *Boletín de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 4/97, pp. 17-18.

ALVAREZ DE MIRANDA, Pedro (2006) "Una vida entre libros y palabras. María Moliner Ruiz (1900-1981)", en *Françoise Étienne (coord.), Regards sur les espagnoles créatrices: XVIIIe-XXe siècle*, Paris, Presses de la Sorbonne Nouvelle, pp. 239-250.

GUTIERREZ ORDÓÑEZ, Salvador (2001) "La obra lingüística de Emilio Alarcos Llorach", *La corónica. A Journal of Medieval Hispanic Languages, Literatures & Cultures*, 29.2, pp. 95-124

MARTÍNEZ ÁLVAREZ, Josefina (2001) "El funcionalismo alarquiano", en *Homenaje a Emilio Alarcos Llorach*, Madrid, Gredos, pp. 209-226.

MARTÍNEZ CACHERO, José María (2001) "Emilio Alarcos en San Francisco 1", en *Homenaje a Emilio Alarcos Llorach*, Madrid, Gredos, pp. 61-74.

[s. a.] "Emilio Alarcos, nuevo miembro de la Real Academia Española", *ABC*, 10/11/1972, p. 65.

SALVADOR CAJA, Gregorio (1998) "Emilio Alarcos Llorach (1922-1998)", *Boletín de la Real Academia Española*, 273, pp. 7-16.

VILLANUEVA, Darío (2001) "Emilio Alarcos, crítico literario", en *Homenaje a Emilio Alarcos Llorach*, Madrid, Gredos, pp. 243-250.

WRIGHT, Roger (1982) *Late Latin and early Romance in Spain and Carolingian France*, Liverpool, Francis Cairns; trad. *Latín tardío y romance temprano en España y la Francia carolingia*, Madrid, Gredos, 1989.

ZAMORA VICENTE, Alonso (1973) "Discurso [de contestación]", en Emilio Alarcos Llorach, *Anatomía de "La lucha por la vida"*, Madrid, RAE, pp. 131-149.